

TIEMPO DE NOSTALGIA.

El trabajo no para. Y los trabajadores tampoco. No hay tiempo que perder. Y el día se hace tan corto que hay que echar mano de la noche para terminar cuanto antes la recogida de la cosecha que había costado todo un año conseguir que madurara. No había tiempo que perder porque cualquier imprevisible y mala tormenta podía hacerla desaparecer en un momento.

Pero en estos primeros días de mes, quienes llevaban adelante ese ininterrumpido y duro trabajo ya empezaban a sentirse un tanto aliviados al ver tan cercanas las deseadas y esperadas fiestas de la Virgen de agosto, que les permitirían disfrutar de un merecido descanso.

Ya corría en el pueblo la noticia de que los mayores habían llegado a un acuerdo con la orquesta que alegraría la fiesta y, entre otras actividades, haría posible las soñadas sesiones de baile, el más popular y atractivo acto al que ningún vecino del pueblo dejaba de asistir. Sobre todo para los jóvenes que veían llegar la oportunidad para hacer patente y demostrar públicamente sus secretos sentimientos con más espontaneidad y libertad, tantas cuantas permite el estar de fiesta, pero siempre, como conviene, sin merma alguna del respeto y de la prudencia necesarias.

Era verano y el local no ofrecía problema. Todas las eras del pueblo estaban bien preparadas para ejercer de anfitriona. En ninguna de ellas se veía ni siquiera una brizna de hierba. Y todas serían un buen local al aire libre, que es lo que correspondía en época de verano. Montar un simple estrado en una de ellas sería suficiente para acoger a los músicos. Y una simple bombilla, ayudada por la romántica luz de la luna, bastaba para iluminar la sesión de noche, tras la cena. Todo estaba previsto y bien dispuesto. Todo estaba resultando extremadamente fácil.

Sólo hacía falta esperar unos pocos días para que la fiesta llegara. Ello hacía el trabajo más alegre y su dureza más llevadera.

Por fin el calendario marcó en rojo: 15 DE AGOSTO. FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN.

Como era de esperar, y ya desde muy temprano, el pueblo hierva y las gentes corren por las calles, de un lado para otro, llevadas más por los nervios que por la necesidad.

Las mozas sacan de sus armarios las ropas, que antes tantas veces habían contemplado, y que ahora, llegada por fin la fiesta, se disponían a lucir. Tampoco las señoras dejaban pasar la oportunidad de vestir sus mejores atuendos. Incluso los hombres acostumbraban a trajearse, tal como correspondía en un día de fiesta, pero sintiéndose un tanto incómodos por falta de costumbre y deseosos de que terminara la misa para liberarse de unos lujos a los que no estaban muy acostumbrados.

Y sí. Las campanas ya volaban anunciando el próximo comienzo de la misa solemne y el cura se movía en la iglesia, de un lado para otro, contagiado también de nervios y alegría, para que al instante todo estuviera preparado y dando a los monaguillos las últimas órdenes a fin

de que contribuyeran a que la ceremonia se desarrollara con arreglo a la liturgia requerida en un día de tan grande fiesta religiosa.

Los fieles se van acercando a la iglesia y los mozos les dan la bienvenida haciendo volar dos, y a veces tres, campanas a la vez mientras algún travieso chiquillo que se había colado entre ellos tiraba de la cuerda que movía el badajo del pequeño cembelico. El repique de campanas es tan ruidoso que llama la atención de todos. Pero tranquilos, no es para avisar de ninguna desgracia sino para repartir y compartir la alegría de la fiesta que siempre transmiten las voces de las campanas.

Celebrada la misa los fieles se convierten en vecinos y dan comienzo a los actos profanos que llenarán las horas del mediodía.

Se trata de actos rituales que llevarán a cabo las mairalesas y los mayores. Uno de ellos consistirá en una ronda, que llevará a cabo la orquesta, presidida por los mayores, y que recorrerá todas las calles del pueblo, con parada ante cada una de las casas en las que haya una moza y a la que el cantador felicitará mediante una jota, personalmente a ella dedicada. Y ella, muy agradecida y orgullosa, les premiará con tortas de bizcocho, obra de sus propias manos, y que los mayores se encargarán de insertarlas en una larga espada que para tal fin portarán. Al mismo tiempo, y aprovechando la comida, mairalesas y mayores, al unísono, pasarán por todas las casas solicitando ayuda a los comensales. Unas a favor de la iglesia, otros para el pago de los gastos de la fiesta. Es el llamado “paso de la servilleta”.

Quienes deseen recordar éste y otros actos parecidos de la fiesta pueden acudir al *Libro documental sobre Laperdiguera* y en sus págs. 101-119 encontrarán una mayor y más detallada información sobre este punto concreto.

Es cosa bien sabida que fiesta y comida son casi dos palabras sinónimas. Y no es menos cierto que no se entiende la una sin la otra. Por eso uno de los momentos cumbre de la fiesta de agosto era la comida que en familia se llevaba a cabo, especialmente el primer día. Todos lo sabían y todos previamente habían hecho buen acopio de los alimentos que iban a consumir con motivo de la fiesta.

No faltaba de nada y familiares e invitados daban buena cuenta de ello. Casi todo producto de la casa. Y no se piense que esto deslucía, ni mucho menos, la calidad del producto ni impedía el disfrute de un buen yantar. De ello daban testimonio el jolgorio y la alegría con los que los comensales finiquitaban los platos que la dueña de la casa se encargaba de poner sobre la mesa, regándolos con el mejor vino del año, también producto de la casa. A todo ello contribuían y de todo ello participaban los invitados, que eran muchos, familiares o conocidos, llegados a la fiesta y procedentes de pueblos más o menos lejanos.

Y ya bien abastecido el estómago había que darle tregua dedicándose cada uno a sus quehaceres preferentes. Las personas mayores se refugiaban en el bar donde entre la partida de cartas por parte de unos y la mera conversación por parte de otros y entre copa y copa por parte de todos pasaban la tarde a la espera del comienzo del baile, acto al que nadie faltaba. Los más jóvenes ya estaban preparados para la primera sesión, tan esperada, y precedidos por los músicos iban todos en procesión hacia la era previamente elegida donde pronto iba a dar

comienzo el baile. Quizá porque ya era un poco mayor sí recuerdo que un año fue elegida la era de Estuco (camino de la balsa) y otro año la era de Lanao (camino de Peralta). Caía la tarde y, por fin, llegaba su predilecta diversión. Como siempre la chiquillería se encontraba dispersa entre todos, sin otra finalidad que la de correr, perseguirse unos a otros o simplemente acompañar al grupo de los mayores. La sesión de baile daba comienzo y las parejas empezaban a mover sus lindos cuerpos al ritmo que la música exigía. Las canciones que el vocalista interpretaba eran las conocidas en esta época: *La vaca lechera, El rascayú, La Casita de papel, Una casita en Canadá, Ya la higuera se secó...* y la música se alargaba hasta la hora de la cena. Eran los músicos los que determinaban el momento de dar por concluida la primera sesión del día y con ello llegaba la hora de la cena. Menos opípara que la comida sí, pero no por ello menos suculenta. Los músicos eran obsequiados a voluntad por familiares del pueblo.

Como no hay primera sin segunda, tras la cena una segunda sesión que sólo el cansancio de la orquesta, con la consiguiente tristeza de los bailarines, determinaba su finalización, ya bien entrada la noche. Pero a continuación la fiesta seguía, al menos entre la juventud que, en pequeños grupos y en casas particulares, continuaban la juerga hasta que sólo el sueño y el cansancio juntos lograban poner fin a la misma.

Aunque más moderada que el primer día la fiesta continuaba durante los siguientes tres días, como siempre había sucedido, y con la reiteración, al menos parecida, de los mismos actos festivos, religiosos y profanos. Y la fiesta terminaba con lo que es lo más importante, con la satisfacción de todos por haber visto cumplidas las expectativas de cada uno, jóvenes ancianos y niños.

De nuevo el pueblo volvía a la rutina. Pero que nadie piense que a una rutina pacífica y tranquila sino a un quehacer poco antes suspendido y a un trajín que podría ser calificado de loco porque parte de la cosecha todavía permanecía en el campo y era cosa de toda urgencia terminar con ella. Y ésta sólo podía darse por concluida cuando el último mandil de paja estuviera en el pajar y el último saco de trigo estuviera en el granero.

Cuando todo lo descrito con anterioridad estaba sucediendo el pueblo tenía 71 puertas abiertas y todas esas casas estaban habitadas. Sólo una casa del pueblo estaba habitada por un solo habitante. El INE de 1940 contabiliza en el pueblo 277 vecinos, lo que supone un promedio de 4 habitantes por cada casa. A estos vecinos del pueblo habría que añadir el número de invitados, que no serían menos de uno en la mayoría de las casas. Si a eso se añaden algunos posibles visitantes de los pueblos más cercanos bien se podría asegurar que ampliamente sobrepasaría de 300 el número de participantes en la fiesta.

Pero hoy nada en el pueblo es lo que un día fue. Las calles no son las mismas. Tampoco son las mismas las casas. El estilo de vida actual de sus vecinos nada tiene que ver con el duro y sacrificado estilo de vida al que se vieron obligados a vivir nuestros antepasados. En el pueblo todo ha ido a mejor. Pero para su desgracia el pueblo también experimentó un cambio

que para su supervivencia le ha resultado letal: la despoblación. En fin, todos estos cambios, buenos y malos, han transformado la fisonomía del pueblo. Ya no es el que era.

Tampoco la fiesta de agosto puede ser la que fue. Ya la iglesia no se llena el día de la Asunción. Ya no es necesario buscar una era de trilla amplia para albergar músicos, bailarores y espectadores. Ya los días no se alargan porque el ajeteo de la fiesta no es tan grande como para obligar a añadir al día parte de la noche. Pero con imaginación y esfuerzo colectivo habéis conseguido una fiesta que sigue teniendo la misma alegría que tuvo, aunque ésta tenga que ser repartida entre menos convecinos. A aminorar esta situación están contribuyendo los muchos visitantes que acuden a la fiesta, llenando el vacío que dejaron los muchos antiguos vecinos que a lo largo de los años se vieron obligados a emigrar del pueblo. Entre unos y otros lográis dar vida a la fiesta, porque sólo donde hay gente puede decirse que hay vida.

“Cualquier tiempo pasado fue mejor” es una frase que aparece en las *Coplas* del poeta Jorge Manrique. Dicha frase ha perdurado en el tiempo y ha logrado hacerse tan común que ya se ha convertido en un proverbio de la lengua castellana. Incluso en una creencia casi universal. Porque son muchos los que siguen creyendo que cualquier tiempo pasado fue mejor. Por mi parte no comparto ese parecer. Pero ello no me impide añorar cosas, acontecimientos y experiencias que viví en mi niñez y primera juventud y que ahora tengo que admitir, y lo hago con tristeza, que ya no puedo volver a repetirlas porque han cambiado tanto que ya no se parecen en nada a las que en otro tiempo, no tan lejano, fueron y hoy ya no son.

Día 15 de agosto del año 2025.

Solemnidad de la asunción de la Virgen. Y fiesta del lugar de Laperdiguera